

CARLOS LABBÉ nació en Santiago de Chile en 1977. Ha publicado la hipernovela *Pentagonal: incluidos tú y yo* (2001), las novelas *Libro de plumas* (2004), *Navidad y Matanza* (2007, traducida al inglés y al alemán), *Locuela* (2009) y *Piezas secretas contra el mundo* (2014), además de la colección de cuentos *Caracteres blancos* (Sangría, 2010).

Fue parte de las bandas Ex Fiesta y Torna-sólidos. Sus discos de música solista son *Doce canciones para Eleodora* (2007), *Monicacofonía* (2008), *Mi nuevo órgano* (2011) y *Repeticiones para romper el cerco* (2013). Ha sido coguionista de las películas *Malta con huevo* (2007) y *El nombre* (2014). Es licenciado y magíster en literatura. Fue parte del sitio de investigación Archivodramaturgia.cl, ejerce la crítica literaria en Sobrelibros.cl, y es coeditor, junto a Mónica Ríos y Martín Centeno, de Sangría.

LA PARVÁ

CARLOS LABBÉ

LA PARVÁ



© Carlos Labbé Jorquera
ISBN 978-956-8681-38-8

© Derechos reservados para esta edición:

2014, SANGRÍA EDITORA

Las Torcazas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile

www.sangriaeditora.com

sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, SANGRÍA EDITORA no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que –con su debida coherencia y fundamentos– la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Mónica Ríos y Martín Centeno.

Agradecemos las correcciones de Camila Soto Illanes.

Diagramó el libro Carlos Labbé.

El diseño de colección y de la portada fue realizado por Joaquín Cociña.

Edición digital de junio de 2014.

Permitimos la reproducción parcial de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico. Si necesitas una reproducción íntegra por favor comunícate con los editores.

ÍNDICE

1. Clases.....	13
2. Murmuraciones.....	45
3. Perspectiva de la parvá.....	167

Para Mónica Ríos y los Labbé Jorquera

1 CLASES

La dirigente va a sujetarse en la mano que le ofrece el auxiliar para subir las escaleras y no se apoya, aunque pareciera que lo hace. Su brazo se levanta o bien desciende mientras camina escaleras arriba, rumbo al vagón de primera clase. Así no toca al auxiliar cuanto dure el gesto de dejar en el aire su guante, que se detiene, queda y se va en esa otra palma agrietada, porque la de ella ha avanzado más rápidamente a la baranda hasta alcanzar la manilla que abre la puerta. La dirigente agradece y le indica al siguiente auxiliar que disponga el equipaje en una esquina de su compartimiento con voz grave, aguda, intensa, callada; escucha con complacencia cómo lo que ha dicho tiene efecto solamente porque su resonancia elimina toda huella en el oído de quienes le responden:

—De nada, mi dama.

La dirigente abre apenas la cortina de su compartimiento en el vagón dormitorio. La luz entra y le trae oscuridad de modo que nadie pueda divisarla desde afuera: no está ahí de pie abriendo la cortina, no ve nada por la ventana a pesar de que el andén se mueve

en relación a ella con la cortina contra el vidrio. No toca esas lámparas, no se sienta en ese sofá y no fuma en esos ceniceros, que sin embargo se encienden, están mullidos y humean para alguien más que estará durmiendo bajo su nombre tras el cartel *No molestar* por toda la velada. Cierra la puerta, se queda o sale caminando sin que uno solo de sus pasos haga crujir el piso del pasillo hacia el coche comedor: nadie la ve, todos la ven; nadie sabe quién es ella, todos imaginan que más atrás le viene un acompañante. El único abstraído es el comentarista en su taza de matico hirviendo, quien de todos modos es el único que la saluda con un movimiento perceptible, inclina la cabeza y una mano suya levanta por instinto el sombrero que reposa en el asiento. Una irregularidad en los rieles hace que la dirigente caiga con decisión en la mesa contigua, y enseguida lleva sentada una hora ahí; para el hombre que en el rincón cabecea frente a un semanario ella entró directamente al coche comedor en la estación de Temuco, y el cigarro de esa mano cristalina –sus uñas pintadas no le son aparentes– va a humear hasta Chillán aunque esté apagado. El comentarista dispone su taza en el posavasos, busca en el bolsillo, hace crujir un metal hacia su costado y la llama del encendedor oscila: no son marido y mujer, lo sabe el mozo con la servilleta en el brazo por el pasillo frente a ellos; llevan décadas juntos, está seguro de eso desde que los

vio entrar por la misma puerta en la estación, aunque no fue así; son dos extraños que recién van a conocerse, él sabe al tiro cuando pasa eso y se guarda el pañuelo que acaba de pasarse por la nuca, cruza los brazos en el umbral del vagón, se prepara a adivinar: ahora él va a pedirle la carta de licores. El comentarista en cambio no quita los ojos de la infinitud de árboles que se trenzan por la ventana opuesta, no le sonrío a la dirigente, ella no lo hace de vuelta y los dos reconocen sus gestos; aspira, pero no deja que el fuego llegue a la punta del cigarrillo; lo baja caldeado a la mesa él, y ella por costumbre deja salir el aire por una apertura nada más de sus dientes juntos aunque no exhale humo y se consuma dos, seis, la cajetilla entera entre sus dedos.

—Un araucano, si es tan amable.

La dirigente levanta mano y voz hacia el mozo, y nadie más que el mozo considera la de ella una orden: ya dispuestos en la mesa los cubiertos, la servilleta, el licor y el pocillo, cada una de sus palabras anotadas en la libreta irán a dar efectivamente al basurero de mimbre del vagón cocina.

—Al natural —agrega ella—. Y aceitunas aparte.

Al cabo, la quietud con que la dirigente mueve las páginas de eso que ha traído, que lee y no lee, que es libro y también magazín, apenas propaganda, se diferencia siquiera de la paz con que el comentarista en la

mesa del lado mueve la cabeza de un árbol a otro entre el atardecer con lluvia de su ventana, con que ladea la frente hacia tal o cual cerro, y el sobresalto que dan sus hombros junto al metal irregular cuando pasa el tren es recibido por el claro que de repente se abre en el vidrio, rápidas casas de adobe, perros, niños que dejan el barro y corren con expresión urgente hacia el expreso hasta que irrumpen violentamente las maderas del puente ferroviario y entonces se abre el valle, vuelve con el traqueteo el rumor que nunca dejará de escucharse; en un parpadeo pareciera también que todos ahí se igualaran en la sordera, en sus trajes desgastados ante el vestido crema o violeta o colorado o a lo mejor la falta de vestido para los distintos hombres que no miran ni dejan de mirar a la dirigente en el coche comedor: ella se ha quedado toda la cena y aún sigue ahí leyendo qué, ella no ha salido desde su compartimiento pero se sabe que subió en primera clase, y cuando le traen el corto de licor su pie en el zapato brillante, maderoso, invisible al extremo de esa pierna larga –también ha estado observando sin hacerlo el mozo– obstaculiza el paso y él se viene al suelo, la bandeja salta con servilletas, vaso, libreta y estrépito, y cae encima de la figura indiferente de la dirigente que no deja salir un grito ni una exclamación, tampoco un quejido, ni siquiera se lleva las manos al torso mojado, sólo su voz aleja enseguida algunas palabras como ese

fogón entre las cuatro casas que acaban de pasar por la ventana, como el farol de una estación rural y ese alguien que sostiene el farol con cansancio, aun si el expreso no se detendrá para los ojos del comentarista que siguen en la ventana tales palabras, la voz de ella que ya todos olvidaron –no recuerdan siquiera que hubiera habido una mujer en el coche comedor esa noche en que el comentarista viajaba a la inauguración del Mundial en Santiago– y que decía:

–No es importante. Por favor. Sólo tráigame un cortado doble, sin azúcar.

Ha caído la noche en los paisajes afuera, apenas brilla un punto a lo lejos en lo alto que puede ser lo mismo la nieve en un volcán o un montón de estrellas o un cacho de luna que viene saliendo por la cordillera, tal vez otro farol de una estación remota; la dirigente inclina lo que lee y acaso solamente da vueltas las páginas de ese mamotreto, las cuales ya no aparecen empapadas de licor araucano bajo la luz central del coche comedor, brillando en el hilo negro de las cortinas, en la ventana del comentarista que las tiene aún abiertas, cuando una cigarrera plateada en la mano de ella lo termina de encandilar.

–¿Se le ofrece uno?

El comentarista mueve la cabeza arriba abajo, ella está ahí quieta aunque no lo mira, tampoco se ha quedado su imagen contra el vidrio –el mozo ya vino

a cerrar la penúltima cortina—, ni le hace caso a las páginas manchadas que sus manos de uñas rojas, negras, púrpura —qué escándalo, sin pintura— no dan vuelta. Ella lee la tapa por enésima y primera vez con los ojos de él: *Quién es quién, Deportivo mundial 62 / World Football Who's Who 62*.

—Puedo prestársela —deja de decir la dirigenta apenas—. Antes que la despache con el muchacho a la basura. Está empapada.

Sólo el comentarista puede oírla, y porque la voz de ella se le desvanece no sonrío.

—Muchas gracias.

La dirigenta parece levantar el libro con dos dedos, a pesar de que se apoya en el asiento y fuma, o quién sabe si lo mira a los ojos. No sonrío.

—Faltaba más.

Para el comentarista ella puede estar bajando la mirada y a lo mejor alarga los ojos, a punto de abrir la boca con un sonido alegre, pero la luz central del comedor es insuficiente en medio de la lluvia que golpea el techo del expreso del sur.

—Todos los mozos se caen.

Ella por fin debería soltar una risotada; lo hace cuando el sonido se pierde en el ruido continuo, y agrega:

—Por mí que todos los mozos se caigan al mismo tiempo.

El comentarista se gira en su lugar. La dirigente efectivamente ha estado sentada en la mesa contigua a la suya en ese coche comedor durante la víspera de la inauguración del Mundial.

—Por mí que todos los mozos se caigan al mismo tiempo, pero no con sus bandejas encima mío.

El comentarista al final la podrá ver, y el movimiento —que ella está escamoteándole— de apretar un poco los labios, abrirle los ojos, ensancharle los pómulos, decirle que sí tiene que verla a esa hora en la cual los pocos que no se han retirado a inclinar la cabeza en sus asientos de segunda clase se han emborrachado, y los compartimientos de primera son demasiado costosos para volver tranquilamente ahí por los pasillos de luz amarillenta. La dirigente sí sabe que él es el comentarista, no hay posibilidad de que ella no lo sepa.

—La verdad es que no soy aficionado a leer con este bamboleo.

—No hay qué leer en este testamento, la verdad. Son sólo nombres. Listas largas de nombres y números que no le importan a nadie.

Dos hombres juegan a la brisca con las camisas arremangadas y cuatro copas vacías, tres mesas más allá. Empiezan a hablar más fuerte para que sea notorio que están ahora atentos a esos dos pasajeros silenciosos, y para el mozo que fuma en el entrecarro, para un pasajero

más que insiste en el crucigrama del vespertino, para los cuatro comerciantes que luchan por quitarle la palabra a sus camaradas entre habanos y aguardientes, para el mayor borracho que no está tomando, dormido sobre un plato, la dirigente pasa por el pasillo, no habla y sin embargo está ahí como mujer sola, lejos, tratando de convencer de algo a ese tipo aburrido; es tan inverosímil lo que no pueden ver obsesivamente que la conversación entre ellos pierde lugar, mímica de algún recuerdo que les aviva el ritmo de la larga noche ferroviaria, eco en el traqueteo hacia las mujeres que les hablarán en las casas de donde vienen y adonde van, distintas y la misma, evocación aguda que traen los chirridos de la rueda metálica contra el riel, de la puerta oxidada del coche comedor cuando el mozo vuelve a entrar, entumido, la campanilla de una última mesa que ha quedado vacía, un gritito olvidable que ellas no darán, una respuesta segura que no pueden traducir:

—Y no le digo esto porque no me interese el football. Me gusta, pero no por el hecho de que sean veintidós tipos simulando correr detrás de un pedazo de cuero. Mire.

La dirigente se levanta y se sienta en la mesa del comentarista. Nadie lo nota, nadie ve que su movimiento no admite interpretación; todos la miran. Ella se queda. Su bolso y la cigarrera plateada siguen en su propia

mesa, así que se olvidan de la mujer: sus movimientos son distintos a los de ellos, viaja sin compañía y piensan que habrá otras idénticas en todas partes. Las miradas de los pocos que van quedando sobrios en el comedor no buscan más a la dirigente, será que ya no está sola en el coche comedor del expreso de Temuco a Santiago con las cortinas cerradas bajo la lluvia.

—Sólo títulos, cargos, estatutos, comisiones. La actividad física de estos sujetos es mínima. El juego está totalmente diluido en estas páginas. Usted es aficionado.

—Naturalmente.

—Fíjese. Sólo tres fotografías de un team, y ni uno solo de los players aparece retratado con un gesto corporal en la cancha.

—Tampoco el balón sale una sola vez en ese instructivo.

—Sí. Sé que a usted también se lo enviaron.

Los ojos del comentarista y de la dirigente no alcanzan a cruzarse interrogativamente, antes son borrados por las miradas de quienes los observan y no los ven ahorrarse gestos, evitar imponer nombres con apellidos, ni siquiera algún apodo, apenas sus oficios encima de la mesa junto al cenicero, la taza, el vaso y la copa; sobre todo sus manos, que no se han quedado bajo la mesa ni exhiben gesticulaciones a la cara y a plena vista de los otros.

—Déjeme decirle algo —continúa la dirigente—. Los players tienen la ventaja de poder patear con toda la rabia que acumulan una posibilidad que se les viene encima muy rápido. O le entregan la tarea a un compañero. Pero ni usted ni yo podemos devolver con un simple puntapié el ofrecimiento de alguien. Ellos rechazan eso redondo brillante que les ofrecen, miden el odio que volcarán en el golpe y aciertan. Por eso a tanta gente, a los patipelados como a los funcionarios de corbata, también a los borrachines pijes que están organizando este Mundial les interesa el juego. Incluso si nunca han puesto un pie en una cancha de tierra.

El brazo del comentarista ya oscurecido a esa hora recorre la superficie mientras habla su interlocutora, sólo él la escucha porque entendió que ella viene a decirle algo específico aun si no ha salido de su compartimiento de primera clase, como fantasea el auxiliar que camina por ese vagón. Pareciera que el comentarista estuviera limpiando la superficie de la mesa cuando le responde, después de empinarse el último sorbo de su taza.

—Cualquiera diría que usted juega al football.

Cuatro dedos rápidos de la dirigente anuncian que en cualquier instante se levantará hacia su compartimiento, donde los pocos ahí que no la observan pasarían a imaginársela por el pasillo directamente a los baños de primera, que a esa hora nadie vigilaría porque son más

amplios, tienen agua y sobre todo espejos. El gesto de sus cuatro dedos es preciso: va tomando el pocillo con los cuescos de las aceitunas, el corto ya vacío, el servilletero, el encendedor metálico, la cajetilla semiarrugada, el cenicero hediondo, y los ordena.

—Cualquiera diría que usted jugó al football cuando chiquilla.

—Nunca nos han dejado. Nunca, a menos que sea entre nosotras. Incluso yo me hacía un moño antes de convertirme en mujer, me ponía un gorrito de lana, pisaba la pelota y me barría al suelo, le ponía la suela en las canillas al más rápido y recibía los planchazos frente al arco sin quejarme. Pero al final siempre tenía que acercarse el muchacho dueño de la pelota a hablarme en voz baja, a guiñarme el ojo, que por qué mejor no conseguía unas Bilz para la próxima, o me pedía que lo ayudara a hacer una pelota nueva, una mejor con pilchas de mi casa, o que le llevara a mi mamá una media que se le había descosido, o que le tocara la herida en la pata. Nos huelen y se inhiben, entonces forman sus clubes y se ponen furiosos de otra manera porque pierden. Aprenden a actuar cuando hay una cabra chica en la pichanga, se ven a sí mismos desde afuera en la mirada de ella, quieren ser el muchacho dueño de la pelota para acercarse al final del partido al niño delicado. Todavía de viejos, sentados, armando comisiones, directorios, comités y secciones, la

aceptan a una en la mesa solamente porque se quieren en la portada del diario donde por posición no pueden estar, y para ellos nada más la mirada del que no juega convierte en foto lo que ve.

Cada uno de sus dedos muestra en su uña el color de la oscuridad en el vagón, sólo el reflejo de la luz central —que ha bajado su intensidad— en los objetos de vidrio. Mesas más allá los borrachos adivinan las cartas que el compañero de enfrente esconde, pero no pueden decidir a simple vista si esa mano de ella está pintada, si es la izquierda o la derecha, o —esto les parece fundamental— qué hace la otra suya, si está arriba o abajo de la mesa.

—Sus colegas le dirán que no —continúa—, pero en cada reunión de caballeros el que habla busca ser escuchado como si la radio estuviera encendida y alguien más lo relatara.

El comentarista evita mirarla. Baja la vista y encuentra que el pocillo, el corto, el servilletero, la taza, el encendedor, la cajetilla, el cenicero conforman cuatro líneas. Ahora son objetos, fichas, piezas homogéneas que le hacen una pregunta inaudible en la voz de ella, y que apenas se acerca se aleja con el vaivén del tren. Entonces la interrumpe:

—¿Por eso decidió hacerse dirigente?

Sus uñas están pintadas de negro, es la única posibilidad en la noche. Su mano está bajo la mesa y recorre lo

que no se ve para el hombre que tres mesas a la izquierda cabecea su impresión contra la cortina, pero no duerme. Su otra mano quita una de las fichas de la mesa, el arquero.

—Claro. Para adueñarme de la pelota. Pero esa fue una idea infantil mía, una idea peregrina que me hizo meterme en la logia, en el club, en la mesa del salón. Lo cierto es que la pelota tiene un dueño y el estadio tiene otro dueño. Esos dueños se ponen de acuerdo para traer desde la cancha de tierra a algunos players que hagan producir excedentes a la pelota y al estadio. La radio, en pocos años la televisión, tiene otros dueños más que ofrecen a estos primeros una sociedad para aumentar el espacio del negocio a cualquier territorio, hasta ocupar incluso los ojos y las orejas de la gente que corrió de chica detrás de esa pelota de trapo en la polvareda. Los ojos y las orejas de toda esa gente son propiedad de los mismos que nunca dejarán a una mujer entrar ahí, a menos que esté medio pilucha y entre sus brazos levantados haya un cartel.

—Entonces usted ya sabe por qué me negué a trabajar en la televisión.

La dirigente quita otras tres piezas de la mesa, luego cuatro y dos más cuando se acerca el mozo con su bandeja porque quiere irrumpir en ese opaco intercambio de miradas, porque la mujer aquí tiene que hablarle. El comentarista pone su mano sobre la última ficha, que es la de ella. La dirigente la quita.

–Este es el centroforward –continúa el comentarista–. Mete los goles y no es capaz de hablar con la prensa, ocupa las portadas de diarios y revistas, es un bruto pero las atenciones de los dueños van a él. Los niños y las niñas en esa cancha de tierra que usted dice gritan su nombre con su apodo cuando meten un gol. Pero el centro forward está solo y no anda. Ahora quieren hacer que el juego sea un espectáculo solista, con cámaras en primer plano y reporters que le cuelguen alabanzas a la figura cada vez que toca el balón.

–De acuerdo.

–Quieren, siguiendo lo que me dice, hacer de cuenta que en la cancha también hay uno o dos dueños del equipo para romper ahí además la posibilidad de organización horizontal, la importancia de la comunidad, la mera idea que se les vuelve peligrosa cada cierto tiempo.

–Por eso me hice dirigente.

–Quieren borrar la palabra «team» y reemplazarla por el genérico castellano «equipo». Los adictos y aficionados se volverán seguidores y espectadores que asumirán al principio el plural implícito en la palabra equipo, aunque luego se acostumbrarán a que equipo se refiere a las partes singulares de una maquinaria. Eliminan en este mundial el team como lo están haciendo con los sindicatos, los colectivos pesqueros, las cooperativas

agrícolas, la pequeña minería, los grupos obreros, los movimientos literarios, las ligas estudiantiles. Ahora importarán los primeros planos del player, de la estrella; el relator incluso se alzaría como figura en vez del equipo comunicacional, y al mismo tiempo le ofrecerán una columna en un matutino de poca monta para que así dure cincuenta años y cuando se muera lo reconozcan como fundador del periodismo chileno; capaz incluso que le pongan el nombre de ese columnista al estadio en Campo de Sports. Otros columnistas habrán ocupado el lugar que hoy ocupan poetas y narradores, pero sólo uno entre ellos será elegido como el protagonista, uno nada más en la historia: uno el libertador, uno el prócer, una la ciudad capital y uno solo el país.

—Por eso me hice dirigente.

—Y yo por eso renuncié al relato deportivo.

El tren se sacude cuando baja un cerro, pasa el puente, entra en un bosque y sale al poblado donde nadie le dice expreso, sino varios nombres imposibles para el idioma de esta conversación nocturna.

—Justamente de eso quería hablarle.

Y al sacudirse otra vez los rieles, la única ficha que ha quedado sobre la mesa que comparten comentarista y dirigente cae al suelo, rueda por el pasillo y, ya no cenicerero, vaso, encendedor ni taza, va a dar en el intersticio que separa el coche comedor del carro de segunda, queda

suspendido en el aire como objeto inútil –sin nombre– por un momento antes de hacerse pedazos contra el suelo pedregoso de la vía férrea.

–La escucho.

La dirigente abre la boca y resuena cristalina una lluvia que cae contra el techo del vagón, una lluvia que deja de caer en ese momento para camuflar su risa. Deja de llover y a ella viene la mirada del comentarista, sorprendido por su reacción a destiempo sólo porque no puede ver que desde atrás suyo se han levantado los cuatro comerciantes, que dejaron su partida de brisca y vienen azotándose contra las mesas hasta que pasan frente a ellos, la mano en el sombrero, la segunda mano en los labios flatulentos, la tercera en el borde del pantalón y la cuarta en la billetera que apenas se cierra; tanto se están afirmando para no caerse que no pueden ver en este momento otra cosa que un pasillo estrecho, la única cama de sus compartimientos, la oscuridad que los toca, tal vez una agüita de manzanilla al amanecer para olvidarse de lo que haya pasado ahí y recuperar el estómago cuando esas dos, las únicas sombras que se movían en el coche comedor, se hayan perdido también por la estación ferroviaria de Santiago.

En ese momento el mozo deja de mirarlos. Sólo ve unas tres horas de posible sueño en el suelo caliente del vagón cocina.

—Pueden quedarse lo que quieran, pero estamos cerrando el servicio.

—Sería todo. Muchas gracias —se demora en responder la dirigenta, alargando hacia el hombre los dedos en un movimiento instintivo donde lo que sobresale no son los pálidos billetes, sino sus uñas, que según él definitivamente están pintadas de morado.

—Para servirla.

El mozo entiende. Inclina la cabeza, evita arreglar la última mesa —la del borracho que se han tenido que llevar entre dos a un asiento de segunda porque no fue capaz de articular su nombre o número o apellido u oficio, y deja cerradas tras de sí las puertas del coche comedor.

—Voy a ser directa. ¿Cuánto o qué necesita para volver al relato deportivo? Lo necesitan para nuestro desempeño en el campeonato y yo lo necesito. Son dos cosas distintas, sirve una sola respuesta. Hemos hablado ya con los de la radio, están dispuestos a cambiar los planes para que mañana mismo usted esté en la caseta para cantar el Chile-Suiza. Serán seis matches, los fondos reservados son generosos. Incluso puede usted dejar descansar la garganta en el tercero si, como me han dicho, le viene esa afonía con el invierno polvoriento de Campos de Sports, cuando el seleccionado nuestro ya clasifique. Se lo haremos saber a tiempo, pero le adelanto que hay

una opinión que considera fundamental que Chile pierda ese tercer partido con Alemania.

—Un momento. Usted asume muy rápido que yo no estoy sorprendido por su ofrecimiento.

—Es que no es un ofrecimiento. Es algo bastante menos cortés.

La dirigente se ha incorporado. Ya no tiene que dejar de moverse a la vista de otros, ahora sus huesos y sus piernas y su cintura y su escote y sus hombros y su cuello y su pelo y su cara y sus manos aparecen ahí en la mesa frente al comentarista porque nadie más va a registrarla para que inmediatamente se le borre, de manera que está de pie, se apoya en la mesa y abre la cortina. No le importa más que el comentarista pueda mirar la forma entera de su cuerpo desde atrás, a través de la ventana es imponente la cordillera que aparece entre nubes que se retiran ahora claras contra la noche, luego desaparecen y la noche está completamente iluminada por una luna.

—No vengo de parte de la Federación a hablarle. Tengo un mandato del Ministerio, firmado directamente por el Presidente.

El comentarista se concentra en el vidrio y mira la espalda de la dirigente, las cortinas entre sus uñas que han empezado a crecer y dejan breves espacios desnudos en la base. Se quedan sin respuestas.

—Mire eso —dice él.

—¿Ese caballo?

—No es un caballo. Dése cuenta que está lejos. Parece uno por la forma y no es.

—Es un caballo amarillo. No me lo puedo creer. Blanco, sí. Va tan rápido.

—Por eso. No hay caballo que corra tan rápido. Vea bien.

La dirigente se convence. No está mirando por la ventana, sino al cuerpo que tiene enfrente.

—Es un enjambre enorme de luciérnagas de San Juan. Hace tanto tiempo que no veía algo así —agrega él—. Y ahora se vuelven un arbusto en llamas que rueda.

El cambio de color de eso que están mirando es sutil; la dirigente sabe que ninguna transformación es impresionante —la cosa que los sigue a través de esos potreros a tanta velocidad no lo es—, sino tenue. Sólo así, de a poco, se logra alcanzar una forma que parezca definitiva.

—Y ahora se van a acercar.

La masa luminosa en otro color de repente aumenta de tamaño, es la perspectiva lo que hace crecer, bailar ante la ventana a una miríada de insectos lentos por el peso de una minúscula luz que ágilmente se vuelve a combinar en una forma vertical, frondosa —una más entre las cientos que se suceden en el paisaje incansable de la noche despejada ante el tren expreso—, pero iluminada cuando el comentarista puntualiza:

–Y ahora hacen un árbol.

Cuando su voz sube un poco la intensidad para agregar que finalmente las luciérnagas de San Juan se dispersan, en un parpadeo el cielo se cubre por completo de estrellas –pero hay luna esa noche, y están pegadas al vidrio durante el instante en que el dedo medio del comentarista percute contra su pulgar en un chasquido, según el cual los bichos se dispersan y el paisaje vuelve a una sucesión de matorrales, latifundios, casuchas, alambrados, tranques, basurales y carretelas. La dirigente se refriega los párpados sin sueño. Suspira.

–Me doy cuenta –concede una vez sentada, y cierta arruga se le deshace en la frente– que con esta capacidad suya usted podría haberse dedicado a la política partidista. Su oratoria sería incendiaria o tranquilizadora, podría crear al pronunciarlas presiones populares multitudinarias y disolver marchas en el acto.

–Se equivoca. Yo no puedo mentar palabra sobre movimientos con los que no tenga más que una relación distante. Lo que yo hago, mi oficio, no es cuestión mágica. Ahí de donde vengo la gente lo hace cada día, y sé que hay rincones en otras provincias, en otros países indoamericanos, en el África, incluso en lugares menos poblados del norte, y en los desiertos y playas de las Asias y en páramos oceánicos, donde es normal que el mero hecho de hablar se haga parte de la coreografía alrededor.

Un hombre de negocios cubano me dijo una vez que los laboratorios comerciales yanquis ya están aplicando con éxito un plan para controlar los movimientos de millones y millones de personas a través de la vocalización. La clave para ellos es el ritmo del habla, y para eso están vendiendo radios y televisores con sistemas de amplificación donde lo principal son los sonidos graves; música popular, la llamaba el cubano. Vea lo que está empezando a pasar con el twist y el rocanrol en los salones del centro de Santiago.

—Es parte de un proyecto mayor.

Las uñas ahora nacaradas de un brillo oscuro ante la tenue iluminación escarban la cajetilla sin cálculo, de repente los movimientos de la dirigente se vuelven lentos porque la mirada de su contraparte parece haberse quedado con la simetría entre su urgencia y el paisaje que no se detiene, sombra tras sombra, follaje tras follaje, árbol tras árbol, madera tras madera, palo tras palo, astillas, papeles, fuego, humo. Son sólo dos pasajeros a esas altas horas de la noche en el coche comedor; un gesto de ella escamotea una u otra ausencia y se permite tomar desde esa otra mano el encendedor ofrecido, que él suelta a tiempo para que con el resto de las uñas brillantes ella encienda dos cigarros y le pase uno mientras continúa diciendo, el humo entre sus palabras:

—Un proyecto tan grande que un montón de guatones dirigentes locales jamás podrá entender. Ni siquiera la parte del organigrama que los incluye.

El comentarista vuelve a dar una fumada primera a su cigarrillo, escuchándola. La luz central del vagón se apaga justo cuando un riel en mal estado se une con otro irregular, de manera que el silencio se suma a la oscuridad y les impide que quieran incluso preguntarse si el corte se ha debido a un desperfecto —en cuyo caso en cuestión de segundos empezarán las carreras entre vagones, las linternas, las voces que llaman a la calma y los chillidos—, o bien a un intencionado accionar del interruptor desde la locomotora para que quien sea que continúa ahí en el coche comedor se sienta fuera de lugar y se dirija de vuelta adonde el cansancio, el sueño, la falta de curiosidad de los mandamases ferroviarios de turno consideran adecuado guarecerse a esas horas.

—¿Quiere decir que es un proyecto sin estructura siquiera, que no se desarrollará en el espacio sino con el tiempo?

—Exacto. Usted lo ha dicho: el tiempo. Eso que los enemigos locales de nuestro gobierno y los mecenas extranjeros de nuestro gobierno, los dos juntos y por separado, llaman la Historia; el progreso que se desata hasta su punto de inflexión.

—Y usted, que trabaja para ambos, necesita mi relato en el Campeonato Mundial de Football para precipitarlo.

—No se equivoque.

La dirigente aspira con fuerza su humo, y cuando lo hace una cara suya se ilumina por primera vez entre el manto de oscuridad que ha cubierto el ferrocarril. Esa mirada con la del otro permanecen en el reflejo de esas facciones diferentes en el ventanal, luego sólo es la de ella atónita porque una polilla al otro lado toca el vidrio en busca de la punta incandescente de su cigarrillo; sin embargo, el tren va avanzando a una velocidad imposible para el vuelo de cualquier insecto nocturno.

—Póngame atención, le pido.

Un parpadeo de complacencia del comentarista antecede a la descomposición de la polilla en una multitud de bichos minúsculos que, en cuanto se detienen, se dejan arrastrar por el viento y se pierden de vista.

—Perdón —dice él.

—Necesito su relato no para el Mundial de Football, sino exclusivamente para el seleccionado chileno.

A falta de un cenicero los conversadores en la oscuridad han empezado a formar un montón de residuos al centro de la mesa y, aunque no lo pueden ver, saben que si alzan la voz, si suspiran o si se les escapa un resoplido, ensuciarán a quien tienen enfrente.

—No basta con que la clase media esté por fin entendiendo lo que es endeudarse y pedir crédito para acceder a tocadiscos y televisores; no es suficiente que nuestra

masa trabajadora de una vez esté compuesta por individuos semiautónomos que cantan y bailan, no alcanza con ese más allá de la consciencia que les produce el twist y el rocanrol, la música popular que usted me dice. El consumo irracional y la sujeción erótica ocurren sólo cuando hay un marco colectivo fuerte, mayor, arbitrario, competitivo, pasional.

—¿Se acabó el efecto de las guerras contra Perú y Bolivia, entonces?

El montón de ceniza al centro de la mesa se aplana.

—Fue importante. Claro. Pero los mecenas extranjeros de nuestro gobierno ya no toleran bagatelas en el negocio de las guerras. Quieren monopolios. Van a proponer que nos asociemos a los colegas trasandinos, pero ellos a su vez están siendo dirigidos a los brasileños para armar algo entre sí, tal vez para repartirse el Uruguay. Desde que las cosas se salieron de programa en Europa central no son viables comercialmente esas guerras nacionales del siglo pasado. Además, quién quiere de nuevo a los ingleses y a los yanquis apernados en los pueblitos, y sin un solo impuesto.

El traqueteo del tren entonces se hace más suave, y ese ruido constante, su falta de ritmo, reduce el diálogo a un momento en que duermen, se adivinan las formas corporales de madrugada o se quedan mirando fijamente la luna, a veces un montón de agua por la ventana, un

río, un tranque, una acequia, la poza que quedó de la lluvia en un parpadeo.

—Es claro que usted ya sabe por quién he votado en los últimos veinticuatro años. Conoce mi origen, y que nadie quiere pronunciar mi segundo apellido. Sabe de qué manera se burlaban de mí en la Normalista, por qué me salí. Ha escuchado la manera en que pronuncio la ch, la tr, la u, la ng. ¿Con qué objeto me prestaría yo a hacer de los chilenos una raza aun más prepotente, ciega y sorda?

—Porque usted igual que yo sabe bien que no existe tal cosa como una raza; menos una raza chilena, un Chile y unos chilenos. Porque lo que quiero pedirle es que con su relato los ponga al borde del éxtasis colectivo, en la orilla del clímax nacional, a punto de la maduración íntegra y masiva de una identidad a prueba de clases, orgullosa, indefinible, trabajadora, entusiasta. Con su relato el seleccionado llevará esa idea de que existe algo como Chile a la inminencia que alcanzaron los hermanos trasandinos hace una década casi, a ese estado donde supieron llegar los prusianos con su idea de Alemania. Y cuando esos aficionados hayan visto por fin ese borde, esa orilla, en vez de indicarles el camino que sigue subiendo usted los empujará para que caigan. Necesitamos perder justo cuando vamos a lograrlo, que quede como impronta de nuestro pueblo la certeza de que tuvo al alcance de la

mano su realización y la dejó ir. No queremos que este país se convierta en Brasil, México o China.

—Lo veo.

Por la ventana del tren el borde de los cerros ha empezado a marcarse de azul. Las manos de la dirigente recogen la ceniza del tabaco, la amontonan, forman ínfimas líneas que admiten la posibilidad de una forma arquitectónica a escala desde la altura: un laberinto, un estadio, un búnker, una isla, el interior de la Casa de Moneda, circunvoluciones del cerebro, una trama densa de calles que cuando su plan se cumpla empezará a llamarse autopista; en sus dedos la pintura de uñas parece también palidecer como el alba.

—¿Y qué le hace pensar que tal cosa no será otro germen, una causa más de eso que tarde o temprano va a explotar en una violencia imparable contra los palacios de Santiago?

—Sabía que nos entenderíamos —acota la dirigente.

Y las manos se le cruzan sobre la ceniza, inesperadamente abiertas. Su cara por fin empieza a iluminarse ante la del comentarista, que no refleja nada todavía y no sonríe, pero que oyéndola vuelve a llamarse el relator.

—Hace varios años —sigue ella— trabajaba yo en la sede de Ferrobádminton, en Estación Central. Un día, de vuelta a la casa de mi familia, caminando hacia el paradero en medio de los piropos, las amenazas, los

susurros y los manoseos como siempre, decidí irme por una de esas calles pequeñas que están casi dentro de los andenes, una que ya no tiene nombre porque lo han cambiado tantas veces. Era pleno invierno, como ahora; estaba oscuro, pero no hacía frío, había match de box y las fuentes de soda estaban repletas de borrachos pendientes de la radio. Me di la vuelta para evitar a un grupo de estudiantes, giré por un callejón y ahí vi por primera vez a una persona cuyo nombre tampoco mencionaré: fumaba en la puerta de un conventillo con los ojos abiertos, pero sin mirar. Más joven que yo, era la persona más bella que jamás alguien viera. Tanta fue la impresión que no podía detenerme, así que seguí mi rumbo hasta el paradero. Desde ese día hice ese recorrido engorroso todas las tardes en que trabajé en esa sede, con la esperanza de volver a ver a esta persona. Fueron cinco años, cada tarde y cada mañana, sin encontrarla. Hasta que un día como cualquier otro perdí las esperanzas, me cansé, me confundí y tomé una ruta distinta; cuando fui a sentarme en el trolebús, muy triste, alguien de voz desconocida ocupó el asiento a mi lado. Me sorprendió su voz: era esa persona. ¡Qué sorpresa encontrarla aquí!, me dijo. Yo pensé que usted vivía cerca de la Estación Central. Siempre la veo pasar por el barrio, continuó. La miré. Quise tocarle la cara, decirle que la estaba buscando todo ese tiempo, tal vez podía importarme un carajo los

que estaban alrededor por un momento, pero en cambio me encogí de hombros, levanté las cejas y me bajé en la siguiente parada. Nunca más la vi. ¿Y sabe usted por qué no le respondí una sola palabra?

—Por favor dígame.

—Porque soy una dirigente, no un dirigente. Porque mi nombre ya está siendo borrado de las actas del Campeonato Mundial de Football. Porque aun si me hubiera atrevido a tocar siquiera a esa persona jamás habría podido en público hacerle lo que quería, lo que me arrebatava: eso que cualquier hombre, incluso el más atorrante, puede llevar a cabo sin ningún problema en cualquier esquina, en un sitio eriazado de cualquier pueblo o al borde de algún camino perdido en pleno campo sin que nadie vaya a sorprenderse realmente de que fue capaz de actuar así.

El golpe de la puerta oxidada en el coche comedor interrumpe entonces la conversación. Un auxiliar de viaje en uniforme, afeitado, oloroso, les da los buenos días, anuncia que en cuarenticinco minutos estarán llegando a destino y les pregunta si debe enviarles al mozo con el desayuno o bien prefieren retirarse a sus compartimientos para descansar.

2
MURMURACIONES

En el Estadio Nacional acá, sobre los Campos de Sports, seremos un pueblo de ochenta mil: así los aplausos ante las combinaciones del seleccionado nuestro, mi fiel oyente. Con silencio vamos a oponer nuestros gritos a los cúmulos y varianzas del otro equipo. Convertiremos esta semifinal de la Copa del Mundo de Football en pifias, en un sinfín de patadas, en alaridos, en ovaciones, en el mutismo de ochenta mil que correremos con los veintidós nuestros de allá abajo, con los veinticinco ahí sobre el pasto, y ojalá que por un rato calentemos el cuerpo expuesto al chiflón de este invierno, el mismo chiflón de tantos otros inviernos nuestros.

Empezaremos moviendo los pañuelos. Revolotearán los fotógrafos ante las formaciones, escucha mía expectante, brazos en alto el seleccionado nuestro en su uniforme rojo y blanco contra el rumor de esta galería, y tímida esta silbatina ante los brazos que no terminarán de cruzarse, las caras del once brasileño que seguirán sonriendo ante el pelotón de flashes en busca de su foto

oficial. En la tribuna, eso sí, nos importará más la distribución del rojo de la camiseta y del azul de las medias; el blanco del pantaloncillo nacional, uno solo por lo ancho del campo, guiará la inclinación de nuestros pañuelos y nuestros cojines bajo la montaña que corona de nieve este miércoles, décimotercera tarde del mes de junio durante el año 1962 de la era cristiana. Allá su palco en cambio, mi oído alerta, ofrecerá aún las poltronas vacías.

Nuestro encuentro empezará con las evoluciones del seleccionado de Brasil, actual campeón del mundo. Los delanteros Vavá y Garrincha, para usted que ausculta, esperarán el pitazo del árbitro limeño Yamasaki Maldonado. Al recibir la pelota por parte de Garrincha, Vavá la hará retroceder. Los otros ya estarán formados alrededor suyo. Zito la querrá lanzar a Zagallo, que la va a perder ante nuestra defensa Raúl Sánchez. Éste nos verá adelante a Eladio Rojas, querremos que a él llegue su golpe a la pelota cuando antes Didí la va a recoger y verá de nuevo a Zagallo, que irá por su izquierda. Le pasará la pelota pero será débil el golpe, así que de entre nosotros el Pluto Contreras entenderá y la va a recuperar, con el tiempo suficiente como para mirar alrededor: en Eyzaguirre vamos a empezar a correr por el borde a la derecha nuestra de la cancha, sabremos que al costado —a izquierda suya, escúcheme— y más atrás vamos a esperar algún error o la anticipación de los contrarios por medio

del compañero Raúl Sánchez, y que al mismo tiempo en el centro, unos pasos adelante, con Jorge Toro tal vez podremos recibir de mejor manera la pelota, a pesar de que se acercará inmediatamente Zagallo por el mismo sector a quitárnosla y ya lejos, tras el borrón negro que será el árbitro, nos moveremos más difusos con el lateral izquierdo, el guerrillero Manuel Rodríguez, y nuestro wing a su mismo lado de la cancha, Leonel Sánchez. Aun así el Pluto nos va a pasar la pelota a Jorge Toro, con quien la enviaremos rumbo a nuestro wing del otro extremo, Jaime Ramírez Banda, y éste nos la entregará de vuelta a Jorge Toro. Corriendo todavía con él levantaremos el pie, la recogeremos y la daremos entonces al compañero Eladio en el centro de la cancha; la superficie irregular del pasto querrá impedir que nuestro mediocampista lance la pelota aceleradamente, así que esperaremos que los colegas se alejen, se acerquen, se entreveren, nos sugieran un pase, le diremos que no vamos a decidirnos por ninguno y que los players canarios serán más en esa parte de la cancha; se van a mover simétricamente para apurar nuestro pase, de manera que la trayectoria será predecible, demasiada potencia imprimiremos hacia nuestro delantero Honorino Landa, atenta oreja la suya, de manera que en el pase al tiro vamos a ser interrumpidos por Mauro Ramos, el defensa de los otros que de repente sabrá cómo Didí recibirá el suyo, quien a su vez

va a lanzar la pelota a través del campo a su izquierda hacia Zito y sin embargo le pegará largo hacia Zagallo por sorpresa, porque éste tan rápido como sin pausa la alcanzará y la va a mandar donde Vavá en el centro.

El palco aún seguirá vacío, entiéndame. Hasta el lugar de Vavá correremos con el Pluto y con Jorge Toro para quitarle la pelota, aunque será fuerte Vavá; será insistente Vavá, pero igualmente se le va a estar escapando un poco la pelota a la izquierda y hacia adelante, adonde iremos con nuestra defensa lateral derecho Eyzaguirre a recogerla y estaremos con él mirando la disposición del equipo, así todos vamos a respirar profundo en busca de nuestra posición inicial en esa figura que apenas habremos delineado en el pasto. Al árbitro Yamasaki Maldonado, en cambio, le seguirá pareciendo que un poco antes nos va a haber visto pegar una patada a Vavá, el Pluto habrá sido, así que soplará su silbato para penalizar nuestra infracción con tiro libre. El otro delantero, Amarildo, será quien se agache y acomode la pelota, pero Didí por sorpresa vendrá corriendo desde más atrás para darle: la pelota se nos perderá encima del arco, la veremos irse en el aire, lejos. Y lejos todavía debe estar, óigame.

Con nuestro arquero Escuti colocaremos la pelota al borde derecho de esta área chica y a través de Raúl Sánchez se la vamos a dar a Eyzaguirre, con quien la pasaremos de apuro a Jorge Toro, y con él nos equivocaremos

al decidirnos por ir con la pelota al centro del campo en busca de una perspectiva para dar el pase, pero Vavá nos sorprenderá, va a correr y le va a pegar rápidamente, con mucha fuerza pero sin dirección clara hacia nuestro arco, cuando sin embargo el árbitro Yamasaki Maldonado habrá interpuesto su silbato para señalar un foul del player rival a nuestro favor, una patada de Vavá sobre Jorge Toro y algunos aplausos esforzados nuestros al chesumadre del réferi, pese a la modorra de la tarde ñuñoína. También vamos a mirar de reojo a ese valé de chaqueta blanca cruzada que emergerá de una galería interior al palco, mantel igualmente limpio bajo el brazo y una caja con otros trapos relucientes, al momento que empiece a tender una pequeña mesa entre sus poltronas de cuero vacías y no le importe que el tiro libre haya sido a nuestro favor.

Raúl Sánchez lanzará la pelota desde la mitad del sector nuestro de la cancha a los compañeros con que iremos corriendo al círculo central. La pelota irá cayendo donde los canarios y el defensa de ellos Zózimo cabeceará con un salto hacia nuestro costado derecho, donde lo va a esperar Nilton Santos, a quien con nuestro wing Ramírez Banda sumado a Honorino enfrentaremos y, apurado, la querrá pasar atrás a Zito, que intercambiará lugares con Zózimo y la va a devolver en un solo toque hacia su lado de afuera a Nilton Santos, éste también rápido la

hará seguir a Zózimo en el centro y la pelota sin pausa va a volver a Nilton Santos. Nos daremos cuenta de que habrán empezado con su figura, de la que tanto nos van a haber hablado: parecerá un zigzag, aunque sólo como coordinación inicial. Nosotros también tendremos la nuestra. Y esa figura de ellos continuará con el pase de ese defensa izquierdo hacia sus colegas en la avanzada canaria, un tiro largo que no alcanzará a detener el delantero Garrincha, porque iremos antes a interceptarlo de un solo cabezazo de Raúl Sánchez, con él seguiremos de nuevo por los pastos y cambiará el ritmo del minuto, algunos nos levantaremos de los tablones, mierda, porque vamos a poner la pelota a rodar en los pies de nuestro Honorino, y a trancadas con él correremos rumbo al área rival cuando Mauro Ramos vendrá con la pierna estirada y nos va a botar a Honorino al unísono con el silbato del árbitro; muy bien el saquero, el injusto, el vendido que se acerca, mano izquierda en alto, marcando la infracción y el tiro libre a nuestro favor. Escúcheme, eso sí: nos habremos levantado en protesta silenciosa, la mano empuñada y el brazo laxo hacia el jugador rival, hacia el valé que terminará de poner la última cuchillería sobre la mesa del bufé en esos palcos donde no querrá usted aún venir a que la veamos. Sólo escúcheme: mientras los otros estarán haciendo su barrera de contención nosotros vamos a distribuirnos estratégicamente, a la espera de

lo que enviaremos con Leonel, wing izquierdo que con nuestros brazos en jarra, a quince metros de la pelota, nos va a observar, se preparará, respire, escucharemos el silbato y con él vamos a correr, los ojos de todos en el suelo ahora porque le queremos pegar tan fuerte, y en eso decidirá, él en vez de nosotros, impactarle con el borde interno de su pie derecho, entonces la pelota no se levantará lo suficiente como para evitar el salto de la barrera defensiva brasileña. Mejor volver a sentarse, por la concha, discúlpenos; el valé dejará el último cuchillo de plata en la mesa, la pelota de todas maneras seguirá su curso hacia el arco de ellos lentamente, y con nuestro centroforward Armando Tobar podremos recogerla si antes no la despeja Mauro Ramos, tan alto la va a lanzar que caerá en el lado nuestro de la cancha, donde sólo quedaremos los dos de la retaguardia cuidando a un delantero canario que correrá y correrá. Con Raúl Sánchez detendremos, sin embargo, el ataque de ellos y nos vamos a aplaudir cuando al ver un compañero por el borde, a la derecha en este sector, le mandaremos un pase recto y abierto hacia el wing nuestro Ramírez Banda, y no deje de escucharme, que así tendrá que empezar la figura que nos corresponde: una apertura lateral. El wing Ramírez Banda nos hará correr la pelota y la vamos a devolver hacia Eyzaguirre, un poco más atrás, al mismo tiempo que saldremos corriendo con el primero adelante,

porque a él querremos devolvérsela. Nosotros los rojos ya iremos entendiendo por lo menos que existirá una figura; lo mismo va a pasar por un segundo apenas por la mirada del valé, que se habrá quedado erguido, una servilleta igualmente limpia sobre su brazo, rígido: la esperará a usted, oído atento, sabremos que va a llegar pero no con quién, con cuántos, por qué en compañía de ellos, usted que habrá pedido escuchar esto en la radio de su transporte.

En vez de Honorino, en el centro de la avanzada, vamos a seguir considerando pasarle la pelota al wing derecho Ramírez Banda, aunque esté cuidado por Zito y por Nilton Santos. Porque con Ramírez Banda querremos que nos salga de manera distinta hacia Honorino, y así la levantaremos desde la esquina derecha al centro del área canaria, sin embargo la pelota nos sobrepasará, va a superar la posición de Honorino y sólo se detendrá en los pies de Djalma Santos, en el control de los otros, en la inmovilidad del valé, de su colega y de otro más allá sobre el palco vacío, en un flujo ajeno que va a poder empezar varias veces en los pies de ellos, canarios, para llegar a los nuestros sin que entendamos cómo construir ahora un movimiento colectivo. Solamente tendremos que ponerle atención a nuestro arquero Escuti, a nuestra pasividad, a la pelota que, lejana, se nos va a ir y va a venir sin precisión ni compromiso porque sólo usted estará oyendo

esto, porque no nos hará usted caso, porque el transporte colectivo de lujo aún no se habrá estacionado.

Una vez más la recuperaremos bajo los pies del defensa Raúl Sánchez, roja la mancha en cada uno de nuestros pañuelos blancos, en estos pastos, y la vamos a entregar a nuestra diestra a Eyzaguirre, con él haremos seguir la pelota adelante al compañero, el wing Ramírez Banda, y ágilmente nos la daremos de vuelta para empezar a correr; volvamos rápido a recibirla. Su transporte de lujo se habrá detenido. ¿Oirá esto todavía cuando le vayan a abrir la puerta, al momento en que le ofrezcan una mano falsa de apoyo y ponga su pie en la vereda? Con Eyzaguirre le pegaremos a la pelota de manera que sea un pase largo de nuevo hacia nuestro wing Ramírez Banda, sin embargo al extremo derecho se hará más hábil el defensa adversario Nilton Santos en su brinco, y con un golpe de cabeza interrumpirá nuestra combinación. La pelota va a llegar a su colega Zózimo, que nos la querrá esconder, y la va a entregar por la izquierda a Zito. Corramos. Trotemos. Caminemos. Ese otro esperará los movimientos de los suyos con la pelota en los pies, seguirá avanzando hacia el centro, hacia nosotros, nos llegará al área y, cuando le vayamos como un chiflón, dará el pase a su delantero Amarildo, a quien con el guerrillero Rodríguez se la iremos a quitar, y escucha tú ahora: levantaremos los brazos por la conchelalora, porque la pelota va a darle

en un bíceps en el suelo al contrincante cuando se habrá caído entre nuestras protestas, que aumentarán por la chucha con la confusión y el error del árbitro, hijo de su hijo, pero de todas maneras Amarildo logrará pasársela al puntero derecho que correrá con él, a Garrincha irá aunque seremos cuatro ahí, cuatro que imitaremos el zigzag de ellos sin quererlo, sólo porque lo habremos visto y a usted no la encontramos acá. Garrincha reconocerá de inmediato esta figura y va a pasar la pelota de vuelta a Amarildo ante nuestro acoso con el guerrillero, de todas maneras decidirá correr hacia el extremo de la cancha a nuestra izquierda, nos va a dejar atrás, alcanzará el último ángulo de lo que se nos dibuja de manera estable en los pastos, esta área, y de un golpe que levantará la pelota va a esperar que siga el movimiento su colega Vavá por el centro, tal vez Zagallo se querrá asomar a nuestra derecha porque nos esforcemos para cambiar el curso de la pelota, o incluso Zito o Didí, que se nos entreverarán por eso que pensaremos será nuestro disparo al centro más atrás, y cuando Zagallo se esté preparando para pegarle ante el arco seremos más rápidos con Eyzaguirre, empujaremos hacia adelante a la vez que detendremos la parábola, el recorrido de la pelota, y seguiremos corriendo por la cancha mientras usted, ustedes, ellos en su compañía caminarán cansadamente hacia el acceso privado del estadio con una docena de maletines y una

sola cartera; de ahí vendrán las propinas que los valé habrán estado esperando mientras disimuladamente mirarán el reloj que no va a parecer avanzar, y sus oídos se quedarán con nuestro aliento, con la ovación por el nombre del wing Ramírez Banda, y las risas que nos saldrán en los tablones, nos oirá desde las entrañas del estadio todavía, porque desde Eyzaguirre le cederemos la pelota al wing nuestro, con quien nos vamos a largar a correr sin despegarnos de esa línea derecha, brillante su cal como nuestros pañuelos, tanta agitación no nos permitirá aún notar las manchas rojas ahí, y con el wing aprovecharemos que varios players contrarios no alcanzarán a volver, nos enfrentaremos a Nilton Santos que va a saltar, mejor frenarse y empezar a correr hacia el centro de esta cancha, lentos de nuevo como ustedes ante la sonrisa del guardia que los dejará pasar con una venia sobreactuada. Esperaremos acomodarnos en una figura vista en partidos anteriores, pendiente aún bajo esta cordillera, en este frío, cuando la tarde dejará de ser lánguida; secreta; estaremos todos en nuestro sitio salvo ustedes, de manera que el wing y nosotros le pasaremos la pelota a Eladio en el círculo central de la cancha para que a nuestra derecha nos vayamos de una carrera a la espera de un pase largo, y no obstante con Eladio y sin ustedes, que recién pondrán un pie en la escalera más inaccesible del coliseo, nos acordaremos todavía de esa

figura más importante, así que vamos a tramar otro esquema: la pasaremos a nuestro delantero Honorino, unos cuantos pasos por la derecha, y con éste la apuraremos de un toque atrás de vuelta a Jorge Toro para salir corriendo en dirección al arco; con éste seguiremos moviéndola por la derecha hasta Eyzaguirre, quien nos la alargará en la misma línea de cal para que la recibamos en los pies del wing Ramírez Banda mientras con Honorino vamos a arremeter en paralelo por el centro de esa otra área, adversaria, y entonces se nos hará completamente visible, escúcheme ahora por los altavoces del vestíbulo donde uno de ustedes se habrá sentado a tomar aire porque la escalera lo habrá cansado y querrá que lo lleven sus trabajadores a todas partes; completamente se nos va a aparecer la cuña escalonada de los canarios, esa con que nos habrán contenido y querrán detener antes a las masas que buscarán superponérseles; la cuña escalonada cuya base va a armarse con esos que defienden atacando, y uno de ellos entenderá que seremos ahora la relación entre el wing y Honorino, así que Zózimo se nos anticipará corriendo cuando nos estábamos pasando la pelota a tiro de arco y la pateará lejos, tanto que traspasará la frontera de cal en el borde para que el juego se detenga, no así las pisadas de ustedes por el último escalón hasta el palco, y usted se quitará el pelo de la frente, atenta a mis palabras; no podrá buscar entre el público, entre la

galería y la tribuna, sino en todas las bocas que apretaremos de frustración ante el pelotazo que en vez de ir al arco se va a desviar por la línea lateral.

Seguiremos de pie a ese lado con el wing Ramírez Banda, de nuevo. De parte de nuestro pasapelotas la vamos a recibir y sacaremos atrás hacia nuestro compañero el Pluto, desde el cual la haremos llegar a Eyzaguirre con fuerza adelante en los pastos. A la diestra nos vamos a entreverar corriendo hacia la vanguardia con Honorino, con el centroforward Tobar y, algo retrasado, a la izquierda, Leonel. Con Eyzaguirre querremos pasarla atrás, pero mejor vamos a correr con un dribleo inesperado por la frontera del área canaria, perseguidos apenas por Zagallo seremos más rápidos y a la pelota le daremos a ras de suelo, preparados para recibirla y pegarle hacia el arco en los pies de Honorino, aunque antes se nos vendrá al suelo el defensa Zózimo, extranjero, habilidoso, con el borde del pie la va a empujar lejos de su arco a la espera de que en apoyo suyo tenga más fuerzas Nilton Santos, inescrutable, quien saldrá trotando a nuestra derecha y la pasará a Zagallo mientras el resto se irá desplazando a sus posiciones, escúcheme usted que la cuña de los otros se nos aparecerá en un pestañeo como un rombo cuya punta roma va a ser nuestro propio arco, y en ese vislumbre la de nosotros se asoma cortada, reloj de arena, acinturados somos, dos bloques sin otro centro que

un pasaje, así nos veremos y dejaremos de vernos en el momento que Zagallo ya habrá pasado la pelota a Vavá, y éste a Garrincha, sabremos que usted también dudará entre seguir caminando hasta el palco o excusarse, ir al tocador, buscar el teléfono en el pasillo para hacer la llamada, y de tanto mirar la posición de Didí y de Amarildo, Garrincha nos la entregará en los pies de Leonel, vamos miércale, con quien nos detendremos; antes de pasarla vamos a esquivar a Vavá, por fin será nuestra la arremetida, chichichí, lelelé, nos plantaremos ante Zózimo y Zito juntos, usted habrá decidido enfrentarse a la visión de todo el estadio que se abrirá ante la llegada de una piara de dirigentes al palco de honor cuando tengamos cinco minutos de partido, la mirada suya sobre nosotros, nuestra ovación al que está más abajo y a punto de caer porque perderemos el control de la pelota ante Zito, finalmente, sin embargo nadie la podrá detener; quedará en movimiento sobre el pasto, la vamos a hacer nuestra con Jorge Toro o bien vendrá un chiflón, podrá aparecer Didí, se nos va arrancar a todos, nos lanzaremos con Leonel a agarrarla y Zito se interpondrá, macizo, el rojo se nos irá a las piernas de ese obstáculo como siempre, conchesumadre, así que nos verá pegarle su buena patada en el pie izquierdo ahora, usted que va a escuchar y a mirar, a sentir nuestro ojo y nuestro oído cuando el juez saquero, lento, vendido, desgraciado, hará sonar su silbato

porque con Leonel habremos cometido infracción sobre Zito ahí, derrumbado en campo nuestro; escaparemos de las voces del árbitro Yamasaki Maldonado, que nos pedirá que nos calmemos, la comisión de dirigentes internacionales ya habrá llegado al estadio, ya estará usted aquí y dígame su nombre, gritaremos chamullando entre todos estos insultos, le mostraremos cuáles dientes nos faltan, borrachos, porque tras el silbatazo iremos con Leonel adonde el árbitro a ofrecerle la pelota, y cuando el árbitro Yamasaki Maldonado, chuchesumadre, se disponga a recibirla lo burlaremos: se la vamos a lanzar a un colega canario y no a sus manos de verdugo, entonces nuestra carcajada tal vez será la suya; la buscaremos así, incluso entre la turbiedad del vaso de whisky con que uno a su lado constantemente le tapará la cara porque de usted no sabremos el nombre.

La acomodará Djalma Santos para el tiro libre al borde del círculo central. Mientras acá vamos a terminar ya de reírnos, allá ellos se estarán buscando para ahí conseguir la figura. Atrás suyo Djalma Saltos sabrá que viene Mauro Ramos, así que va a trotar hacia el costado para que el otro patee en su dirección mientras el resto de los otros se distribuirá para dibujar ante nosotros la cuña. Ahora Djalma Santos le va a pegar con fuerza, la pelota seguirá levantándose hacia nuestra parte del campo y caerá donde habrá venido corriendo Amarildo, en nuestra propia área